

Viajeros en el Río

JOSE CORONEL URTECHO

A la casa hacienda San Francisco del Río donde escribía estos recuerdos —una pequeña casa de madera pintada de verde y amarillo, rodeada de un corredor con su baranda— frente al río San Juan de Nicaragua, cerca de la frontera de Costa Rica, solían aparecerse, con relativa frecuencia, extraños viajeros norteamericanos. Aunque el río sea el desagadero del Gran Lago de Nicaragua en el Atlántico, al alcance de puertos marítimos y lacustres y de pequeñas poblaciones fluviales de ambas repúblicas vecinas, nada tan despoblado y tan remoto como sus riberas que hacen una impresión de tierra nueva, virgen, desconocida, de *terra incógnita*. Es un lugar de soledad casi sagrada.

Tal vez por eso mismo, los extraños viajeros norteamericanos que alguna vez pasaban, me parecían los últimos pasajeros rezagados de la corriente humana que seguía esa ruta cuando la fiebre del oro de California, en los barcos de río del Comodoro Vanderbilt, hace cien años, los últimos *fortyniners*. Cada vez eran menos; pero no me olvidaba de que habían pasado innumerables buscadores de oro que se gastaban cada quince días de dos a tres mil dólares en El Castillo —hoy pueblecito muerto, mohoso y carcomido— sin dejar huellas, como tampoco las dejaron los exploradores españoles ni los piratas, sino apenas el eco, en unos cuantos libros para eruditos, de sus alegres aventuras y sus grandes mentiras, por el estilo de las *tall-tales* de los boteros del Mississippi. Al viajero alemán-americano Julius Froebel, por ejemplo, le contaron en San Francisco de California una historia cortada con el mismo patrón de otras mil parecidas a la del Capitán Smith y Pocahontas, en la que un joven emigrante que venía del Este rumbo a la Puerta de Oro, hallándose en San Carlos de Nicaragua, el puertecito de agua dulce de la esquina del río y del lago, envuelto en una riña con sus compañeros, trataba de salvarse de sus pistolas y sus cuchillos arrojándose al río y cruzándolo al nado, desafiando la fuerza de la corriente y los tiburones, sólo para caer en manos de una patrulla de indios guatusos, que lo ataban a un árbol y celebraban un consejo sobre la manera de darle muerte, cuando, de pronto, una muchacha, la hija del Jefe de la Tribu, salía de la espesura y se precipitaba en la escena, abrazándose con sus brazos morenos al blanco cuello del joven emigrante de ojos azules, cuya suerte cambiaba milagrosamente; y él se casaba, por supuesto, con la muchacha indígena, la fabulosa princesa de los Guatusos, y como príncipe consorte habitaba en la selva algunos meses, pero las incomodidades de la vida salvaje, le impedían gozar tranquilo de su luna de miel, porque en la estación de las lluvias, según decía, toda la tribu se instalaba sobre los árboles y viajaban saltando de rama en rama con

una destreza que le maravillaba, aunque le era imposible mantenerse a la par de su liviana esposa, por lo que un día, ingrato, la dejó abandonada, cruzando a nado nuevamente el río de regreso a San Carlos para seguir en busca de oro a California.

La clase de simpatía de que gozaban los pasajeros a California la notó en El Castillo un viajero muy estimado entre nosotros, cuyos libros sobre nuestro país aún se leen con agrado, porque tenía el ojo fresco para el paisaje tropical y las pequeñas peculiaridades de nuestra vida. En un rancho de paja, frente al que se *detuvo* y se *asomó* un momento, *vió una muchacha* pálida, bonita, meciéndose lentamente en una hamaca con una fina pierna desnuda que dejaba colgar con indolencia —seguramente se mecía con ella apoyando el pie en el suelo y empujándose— la cual, al verlo, se sacudía de la cara los largos rizos negros, y le gritaba:

—¡Adiós, California!

El curioso viajero era Mister Squier, primer Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Nicaragua, quien pasó por el río hace más de cien años, haciendo el viaje desde Greytown hasta Granada en un bongo —una canoa exagerada, como él decía— que se llamaba la *Granadina*. Mister Squier era feliz en los tortuosos meandros y lagunas de la desembocadura del río que le recordaban los *bayous* del Mississippi, buscando con la mirada entre los camalotes de las orillas para ver si encontraba un manatí o vaca marina, un animal que nunca había visto vivo y que sabía que allí habitaba, pero no tuvo suerte hasta más adelante, cuando pasaban frente a la bocana del río San Carlos, el más caudaloso de los grandes afluentes, donde logró al fin ver dos manatíes enormes pastando yerba en una isla, los cuales se tiraron al agua al acercarse el bongo. Las tormentas eléctricas que repentinamente se desencadenaban sobre el río le recordaban —hombre de gustos literarios— las tempestades descritas por Lord Byron y pensaba que *nunca olvidaría* la excitación, el placer, la novedad de una noche de aquéllas. Rayando el alba lo despertaba el canto de la Salve que entonaban en coro los remeros del bongo —Salve a María que volverían a repetir cuando empezara a obscurecer— y se desayunaba civilizadamente con jamón cocido, plátanos fritos, pan y chocolate, que Ben, su criado, le preparaba, porque no se atrevía a probar las iguanas con que se regalaba la tripulación nativa, y nunca pudo dominar, como hubiera querido, su repugnancia por los reptiles. Pero mientras el bongo se deslizaba junto a la orilla para evitar la fuerza de la corriente bajo el ramaje y las enredaderas cuajadas de flores multicolores y perfumadas, que tocaban la chopo, Mister Squier se complacía en observar las iguanas vivas que lo miraban con sus ojos encendi-

dos de curiosidad desde la punta de las ramas y las hallaba extrañamente feas —*ugly iguanas*— aunque las había de toda variedad de colores y de muchas especies, centenares de iguanitas de color verde vivo que aparecían por todas las ramillas o se asoleaban sobre los troncos caídos en el río y que, asustadas, se arrojaban a la corriente y corrían veloces sobre el agua hasta la orilla. Literalmente andaban sobre el agua, escribía Míster Squier, refiriéndose a las crestadas lagartijas verdes que llamamos gallegos.

Muy bellos parecían los pájaros tropicales de brillantes colores y las aves acuáticas. Alzando la mirada veía cruzar el cielo, emparejadas o en ruidosas bandadas, lapas, loras, cotorras, chocoyos y oropéndolas —destellos rojos, azules, amarillos, verdes y tornasoles— pavones y tucanes, o bien, como escribía, miríadas de aves acuáticas, enfiladas a lo largo de las orillas que ni siquiera se movían de los árboles encima de ellos cuando se detenían a desayunarse. Su criado Ben, una mañana, tiró una grande águila negra, que era probablemente un gavilán comedor de pescados. Pero su admiración mayor era la selva tropical y el vasto río por la invariable majestad de su carácter —*majestic character*. No se cansaba nunca de contemplar la densa masa de follaje que literalmente, según aseguraba, cubría al río y que en la luz oblicua producía efectos mágicos de sombra sobre el agua —porque el río estaba, repetía, enmurallado entre una espesa jungla— y él distinguía columnas góticas, arquerías de verdura perpetua, profundas naves que se perdían en oscuras perspectivas: y soñaba con ver un día la tierra cultivada, ya que estaba seguro de que muy pronto se poblaría con emigrantes europeos, pero un siglo después de su viaje el río sigue tan bello y despoblado como entonces. Los únicos seres humanos que le llamaron la atención en su largo trayecto del río, fuera de la muchachada de El Castillo, eran dos indios melchoras, un viejo y un muchacho, que vio en un bote pescando en las inmediaciones del raudal de Machuca, asustados por la presencia de ellos —raza ya desaparecida— y un solitario colono venido del interior de Nicaragua a establecerse en la bifurcación del San Juanillo, donde tenía una pequeña plantación de bananos y un rancho abierto, techo de paja en cuatro postes, con una hamaca en que se mecía con su mujer —personificación perfecta, creía Míster Squier, del ocio y la tranquilidad.

Cuando llegó a San Carlos lo recibieron con discurso y banquete. Gente inclinada a la oratoria, el propio Comandante del puertecito brindó elocuentemente.

—Brindo —dijo para concluir— por el esclarecido General Taylor.

Pueblo dotado para la poesía —del que debía nacer más tarde Rubén Darío—, el mismo Comandante invitó a Mr. Squier a hacer la siesta, recitando unos versos de un poeta nativo en los que se decía que la vida sin siesta era cosa aburrida, insoportable. Su patriotismo se vio colmado cuando un anciano que le recordaba a los antiguos profetas —probablemente a Simeón— le dio un abrazo y le dijo, al parecer realmente conmovido:

—Puedo morir tranquilo porque mi patria está segura bajo la protección de la República del Norte.

Los sucesores diplomáticos de Míster Squier en Nicaragua poco saben del río: nunca se les ocurre llegar a contemplar los más hermosos parajes tropicales de Centro América. Hace unos pocos años, sin embargo, llegó un Ministro Americano acompañando al Presidente de la República, en una jira de recreo y se fijó en una reproducción del conocido retrato de Walt Whitman por Thomas Eakins, recortada por mí de la revista *Life* y que estaba clavada con cuatro tachuelas en la pared de tablas encima de un estante lleno de libros norteamericanos.

Creo que es un retrato de Walt Whitman —dijo el Ministro— ¿no es cierto?

—Sí —le dije— es el retrato que pintó Eakins.

—¿Dickens? —me preguntó dando señales de sorpresa y curiosidad. Se le veía con toda claridad el pensamiento: “No sabía que Dickens fuera pintor, ni que hubiera pintado un retrato de Whitman” —¿Dickens me dijo usted?

—No —dije yo— Dickens no. Eakins, el pintor americano Thomas Eakins.

—¡Oh! —exclamó él perdiendo inmediatamente todo interés en el asunto.

La comitiva presidencial había desembarcado por un momento a tomar un cocktail en nuestra casa y me creía obligado a decirle algo más sobre Whitman, lo querido que es en la América Latina, la influencia que ha ejercido, cómo es considerado el Poeta de América, el cantor de la tierra y los trabajadores del Nuevo Continente y otras banalidades por el estilo.

—¡Oh yes! —me contestó el Ministro con delicada cortesía diplomática y notoria paciencia. Ya me han dicho eso mismo otras veces y me parece interesante. Walt Whitman era seguramente un buen poeta aunque no sea muy popular en los Estados Unidos. Yo hallo difícil su lectura, lo confieso; algo monótona. Nosotros, ¿sabe usted? preferimos a Longfellow. —¿Conoce usted Hiawatha?

Le regalé al Ministro como recuerdo de su visita, un ejemplar muy viejo de un inencontrable libro del primer Cónsul de su país en Nicaragua, Mr. Stout —“*Nicaragua; its Past and Present*”— un profeta desacertado, de quien había dicho en su tiempo un diario de Filadelfia: “Míster Stout cree que el *manifest destiny* incorporará un día Nicaragua a los Estados Unidos”. Pero decididamente aquellos primeros enviados eran superiores; se interesaban en el país, lo estudiaban, escribían sus libros, aunque Míster Stout no tuviera un estilo tan abundante como el de Míster Squier; era más bien prosaico. Encontraba que por su calma, su quietud y su belleza, el río San Juan era preeminente. Sin embargo, las yedras que se enredaban y subían por los árboles para caer graciosamente desde las cumbres, le parecían surtidores verdes y a los grandes caimanes semi-dormidos en los bancos de arena los encontraba parecidos a los millonarios de su país.

Al que sentía no haber visto pasar por el río era a Mark Twain. Cuando pasó no había nacido todavía mi madre, ni existía la hacienda San Francisco del Río, y él era apenas un oscuro humorista autor del cuento de la Rana Saltarina del Condado de Calaveras, la

Santa Anita de las carreras de sapos; però también el ex-piloto del Mississippi, enamorado de los grandes ríos, un ojo puro, maravillado, omnipresente, lleno de las imágenes que dejaría escritas para la eternidad en Huckleberry Finn. Iba de San Francisco a Nueva York y llevaba un cuaderno de notas que se había comprado especialmente para ese viaje y titulado: *From San Francisco to New York by way of San Juan and Grey Town Isthmus*. 1886.

Anotaba rápidamente cuando veía, a grandes líneas, en frases sueltas, pensando escribir algún día su viaje —¡lástima! nunca lo hizo— seleccionar entonces, dibujando contornos, elaborando, pero para nosotros los de esta tierra, amantes de ese río, sus notas deshilvanadas guardan una frescura intacta, un parecido que al instante reconocemos emocionados y tienen, como quien dice, un valor especial de cariño. Apenas se atrevería uno a modificarlos.

Era el mes de diciembre. Mark Twain desembarcaba en San Juan del Sur. La bahía —un nítido pequeño semicírculo encerrado entre verdes colinas.

De allí salía en diligencia. Los cocheros nativos iban armados de machetes. Los soldados nativos descalzos, con mosquetas ..

Procesión de jinetes y jamelgos.

Bello camino —y la atmósfera fresca, lloviznosa.

Naranjas, Bananos, Aguardiente

Café. Tortillas calientes.

Jícaras labradas.

Bonitas mujeres nativas —vuelos alrededor del ruedo de sus faldas.

Un bello lago agitado por el viento. Dos volcanes como tiendas de circo. Uno más alto. Muy bello con su espesa corona de nubes y surgiendo abruptamente de las aguas. Había toda clase de fincas en ellos —todo se daba sin dificultad—, café, ganado, tabaco, maíz. Temperatura espléndida.

Cuando llegaron a San Carlos hubo cambio de barcos y comenzaron a descender por el encantador río San Juan —*the lovely San Juan River*— a las cuatro de la mañana saludando a la vieja fortaleza con tres pitazos del vapor. Las orillas estaban llenas y se veían trechos de yerba, árboles como cipreses, árboles florecidos, árboles tan festoneados de lianas que parecían torres de antiguas fortalezas cubiertas por la yedra; grandes helechos parásitos y altos, graciosos macizos de bambú, toda clase de árboles y de matas y todas de tal manera entrelazadas con el precioso encaje de las enredaderas que ni un mico hubiera podido subir a través de ellas

Fresca brisa.

Mark Twain llevaba puesta una gorra de obrero e iba vestido de cualquier modo —él que tenía fama de bien vestido en el Oeste y dejaría para siempre el recuerdo de su figura llamativa, vestido de pana blanca entre gentes de gris o de negro— por lo que un camarero, creyéndolo un pasajero de tercera que se atrevía a subir a cubierta, se le acercaba poco después de salidos de San Carlos —tal vez cuando pasaba frente al lugar donde hoy está la hacienda San Francisco del Río— y le decía con un énfasis de lo más ofensivo:

—No se admite aquí a nadie sino a los de primera.

En El Castillo, nuevo cambio de barcos y se baja-

ba a pie trescientas varas a lo largo del pueblo, mientras la carga lo hacía en botes por el raudal —ese raudal tan bello que el antiguo piloto, parecería extraño, apenas mencionaba, como tampoco decía casi nada del fuerte en ruinas, al que llamaba un romántico viejo castillo de adobes, porque lo cierto es que sólo tenía ojos para la selva de las orillas. De aquel villorrio sólo anotaba de carrera: chozas de paja de los nativos, catorce casas al pie del promontorio, los precios irrisorios de los huevos. Café, pan, cigarros, puros, frutas deliciosas— todo se podía comprar en grandes cantidades por diez centavos.

Mientras el barco bajaba el río, Mark Twain trataba de describir al vuelo la terraza de lianas y plantas trepadoras que cubría las colinas como un velo; nunca hubiera creído —escribía— que ésas fueran colinas, a no ser porque los árboles más altos subían demasiado para empezar al nivel del río. Grutas oscuras. Recodos encantados. Túneles. Templos. Columnas, pilares, pilastras, Torres, Terrazas, Pirámides, Montículos, Cúpulas. Murallas en infinita confusión de tejidos de bejuco. Nada de forma. Nada de arquitectura. Todo tan intrincado que a pocos pasos sólo se alcanzaban a columbrar monos por aquí y por allá, pájaros gorjeando, pájaros de esplendorosos plumajes volando. El paraíso.

El mismo paraíso, en realidad. El dominio imperial de la belleza. Era evidente que Mark Twain estaba entusiasmado, ebrio de formas y colores. Las cambiantes perspectivas del río —continuaba apuntando— los recodos y las puntas que retrocedían y se sucedían, retirándose y revelando nuevas maravillas adelante, altas murallas de verdura, iluminadas cataratas de enredaderas, prodigiosas cascadas de hojas brillantes tan ajustadas unas con las otras como escamas de un pez. Una sola pared de espesura, sólida un momento, y luego, cuando se avanzaba, cambiando y abriéndose en ventanas góticas, en hileras de columnatas, en toda clase de extrañas y fascinadoras figuras. Pero en medio de ese delirio vegetal despertaba de pronto el humorista y escribía: Maldito sea el bárbaro del calañés maltrecho que está mirando sobre mi hombro mientras tomo estas notas en el puente de las máquinas. Una sorpresa, sin duda alguna, para el mirón.

Muchos lagartos en las orillas durmiendo al sol.

Papagayos volando sobre los árboles.

Pájaros de alegres plumas y gran pico encorvado como los que admiraban en los parques zoológicos.

Pájaros patilargos y cuellilargos que se levantaban torpemente del borde de la jungla, ponían el cuello en forma de S, apuntaban hacia adelante el largo pico y echaban hacia atrás horizontalmente sus largas patas como un remo de govelante, para volar.

Eran aquéllas las señales del trópico. El hechizo del río se apoderaba de los pasajeros, pues si al principio todos decían que ese país era sólo para verse una vez y después olvidarlo, echarlo de la mente, nunca volver, en el río San Juan con el encantamiento en torno de ellos, empezaban todos a confesar que si ya hubieran arreglado sus asuntos en los Estados y se encontraran listos para volver, regresarían después de todo. La víspera de año nuevo se embarcaba Mark Twain en Grey Town con rumbo a Nueva York y a la

celebridad, pero nunca volvió a Centro América después de todo.

Luego, por muchos años, pasaban aventureros, contrabandistas, especuladores, mineros, madereros, compradores de hule, empleados de compañías bananeras, tratantes en ganado, evangelistas, andarines —uno recientemente hacia Buenos Aires en una bicicleta con flotadores— pescadores de tiburones, atrapadores de fieras vivas, exportadores de micos carablancas y de papagayos, botánicos y zoólogos buscando nuevas especies de pájaros, tortugas o serpientes, ingenieros en misiones canaleras para estudiar proyectos de Canal Interoceánico, la última en 1930, integrada por un cuerpo de ingenieros del propio ejército norteamericano, cuyos oficiales llegaban a la hacienda para cazar venados —y una tarde llegaron dos aviadores en un anfibio, acuataron frente a la casa, cenaron con la familia, se pasaron toda la noche cazando a lámpara en los potreros, tuvieron buena suerte porque mataron dos venados extraordinariamente grandes, con bellas cornamentas de ramazón, dejaron los hígados como un *morceau* exquisito, y levantaron el vuelo cuando empezaba a amanecer, pero —cambio fatal de suerte— se fueron a estrellar en Puerto Cabezas y perecieron.

Muy pocos eran los que regresaban y ninguno se quedaba. Los únicos colonos permanentes fueron algunos alemanes, como los fundadores de la hacienda San Francisco del Río, el abuelo y el padre de mi esposa María. Norteamericano, que yo supiera, sólo uno se había quedado para siempre, se hizo casi nativo, amigo y compañero de los nativos a los que conocía en sus más nimias intimidades, de manera que llegó a convertirse en una especie de diario hablado con todas las pequeñas noticias personales del puertecito de San Carlos. Era de origen irlandés, nacido en una de las más bellas regiones de los Estados Unidos, en los Adirondacks, pero había vivido en Nicaragua bastante más de cincuenta años, primero en la Costa Atlántica donde pasó su juventud y después en el río. Todos lo conocían por Mister Kennedy. Ya viejo, su vida era recordar y murmurar. Me contaba sus cuentos repetidas veces porque se le olvidaba que ya lo había hecho, especialmente la coronación que presenció en Bluefields del rey mosquito Hendy, que él pensaba, supongo, que algo tenía que ver conmigo porque lo había coronado en nombre del Gobierno de Nicaragua un tío abuelo mío; y el viejecito irlandés se moría de risa diciéndome que Hendy parecía perplejo durante la ceremonia o pantomima porque el óleo con que lo ungieron lo mandaron comprar de carrera a una farmacia en el último instante y resultaba ser aceite de genciana, por lo que Hendy se llevaba los dedos de la mano derecha a la mollera y luego se los olía frunciendo la nariz como un mono que olera una substancia desagradable, y así se estaba tocándose la mollera y oliéndose los dedos durante toda la ceremonia, rodeado de sus veinte mujeres, feas, chatas, estólicas y peludas. Mister Kennedy había tenido una finca de cacao en el río Zapote donde había vivido con su esposa a quien todos llamaban La Madama, porque él así la llamaba: una anciana fina, pulcra, callada, que nunca habló español y conservó toda su vida un aire irreal, inadap-

tado, pero dulcemente resignado y apacible, una imagen extraña dentro de un sueño tropical de huleros y madereros mestizos y mulatos en un escenario de selvas y de ríos ecuatoriales, como una heroína victoriana en una novela de Conrad. Después de la muerte de La Madama, Mister Kennedy perdió su plantación y vivía una vida muy pobre, como la mayoría de la gente, en el propio San Carlos aunque con toda la malicia y la alegría de un viejo aventurero murmurador al que le basta para divertirse el espectáculo tragicómico de la vida humana en el más apartado rincón de la tierra. No necesitaba para vivir más que su *sense of humour*. Recuerdo que una tarde, corriendo a refugiarme de una tormenta que se acercaba, topé con él en una esquinilla y me detuvo cogiéndome del brazo y con la prisa y el ruido del viento y la tormenta, no oía lo que trataba de decirme como si fuera algo importante, urgente, y le gritaba: ¿Qué dice? sin querer detenerme, y él me gritaba: Ya viene Chú, ya viene Chú —y yo ¿qué Chú? — le gritaba. ¿Qué Chú? —Basco— me gritó él y se marchó feliz por el efecto desconcertante de su mal chiste, mientras se desencadenaba el aguacero.

En sus últimos años lo protegía la Misión Canallera dándole un sueldo por anotar todos los días los datos de un pluviómetro y de un aparato para medir el nivel de las aguas del río. Vivía solo en un cuartucho con revistas americanas y su pipa. Una vez le escribió una cartita, con una broma, a la revista Time y se la publicaron. ésa fue la mayor alegría de su vejez. Cuando se puso enfermo, lo cuidaba Mister Colson, un negro grande, fofo, extrañamente virginal y dulce, de enormes pies y manazas delicadas, de cara de ángel, que parecía un ángel negro pintado por Picasso. Mister Colson, una mañana, encontró muerto a Mister Kennedy. Toda la gente lloró su muerte.

Muy pocos norteamericanos de los que pasan por el río he podido tratar, porque generalmente son reservados con los nativos y van de prisa, envueltos en su propia esquivez, sintiéndose aventureros solitarios en la jungla donde no hay teóricamente hombres civilizados y pensando nada más en lo que llevarán o contarán cuando regresen a la civilización, a su país, cuando vuelvan a América. Había uno que tenía un aserrío en la bocana del río Santa Cruz, afluente del San Juan, con quien deseaba conversar porque me parecía un hombre culto, aunque algo seco, avinagrado, puritánico, pero en los dos o tres intentos que hice de hablar con él se mostró amablemente esquivo, caballeroso pero impenetrable, no sé si por orgullo o timidez. Había sido profesor de economía en una de las universidades del Japón hasta la guerra, y buscaba en el río, combinar los solitarios goces de la vida en la selva con un negocio floreciente de maderas. El lugar en que estaba su aserrío era paradisíaco. Hizo construir cómodos campamentos de tablas con techos de paja; y una vez que estuve a verle por no sé qué motivo, miré junto a su cama —una camita de campaña— dos libros en perfecta armonía con el paraje: una biografía de Thoreau, el filósofo de los bosques, y una selección de sus obras hecha por Henry Seidel Camby. Poco después fracasó en su negocio y se marchó dejando el aserrío abandonado.

No todos son tan huraños y los he visto hasta

pásarse al otro extremo. Durante la guerra había uno que se estuvo dos o tres meses en San Carlos viviendo en una casa de huéspedes, sin hacer otra cosa que hablar de su propia persona con todo el que encontraba, aunque él no hablara ni una palabra de español, ni requiriera que su interlocutor, mejor dicho, su oyente hablara inglés o por lo menos lo entendiera. *El hablaba como si no existiera otra lengua que la suya y la verdad es que ponía tanto interés en todo lo que contaba de sí mismo —y todo lo contaba— gesticulando tanto, señalando y mostrando tanta cosa, su kenis, sus insignias, su pipa, su cartera, todo lo que podía alcanzar con la mano, que de algún modo se hacía entender de cualquiera.* Decía que él era el oficial americano de más alta graduación en Nicaragua —*the highest ranking officer in Nicaragua*—, y que antes de alistarse en el Ejército era técnico químico, muy alto empleado de la famosa Compañía Du Pont —mostraba una tarjeta en que constaba— donde ganaba un gordo sueldo semanal de no recuerdo cuánto. *Tenía por lo menos sesenta años y dos hijos ya hombres que también eran, según decía, altos oficiales del Ejército y se encontraban peleando en ambos frentes, uno en Italia, el otro en Normandía, donde se habían distinguido por su valor y merecido condecoraciones, como podía verse por sus retratos que él hacía pasar de mano en mano.* El se había vuelto a casar recientemente y su esposa vivía en Chicago con un niño suyo de año y seis meses, que era, a juzgar por sus fotografías, un bebé encantador. La mamá era guapísima, joven, veintidós años a lo sumo, morena de grandes ojos negros, embrujadores, y fresca boca con una ancha sonrisa resplandeciente, no menos llena de malicia y diabluras que los ojos. *Por sus retratos, que el oficial de más alta graduación en Nicaragua se complacía enormemente en enseñar a todo el mundo, parecía andaluza, mediterránea o latinoamericana —de la raza de Raquel Meller o de Carmen Miranda— pero resultaba ser norteamericana ciento por ciento.* Sus cartas que leíamos todos los habituados a la casa de huéspedes, no eran como las esperábamos, apasionadas, y sólo estaban llenas de los tiernos detalles de la vida y milagros del bebé. Las instantáneas la sorprendían casi siempre entre bandadas de muchachas jubilosas, avanzando entrelazadas en las calles de Chicago, riéndose a carcajadas o tendidas en los parques sobre el césped y no sólo se veían sino que parecían oírse las risas en las fotografías. *Lo que el oficial de más alta graduación en Nicaragua hacía en el remoto puerto del lago y el río era esperar la llegada de un cargamento de semillas para un ensayo de plantación de caucho.* Al cabo de tres meses llegaron las semillas pero completamente echadas a perder, no sé si por los insectos o por la humedad —y así se marchó, como todos, para no volverse a saber una palabra de él, aquel hombre del que tal vez ya todo lo sabíamos, y al que nos era imposible olvidar por su mujer a la que sólo conocíamos en retratos.

Amigo mío propiamente sólo lo ha sido mi amigo Douglas. Se apareció, una vez, inesperadamente, como lo hacían todos, pero estaba marcado con un signo distinto, por un estilo diferente. Había en él un aire despreocupado, feliz, de muchacho en perfecta armo-

nía consigo mismo y su contorno. Tendría, creo, veintidós años y se veía fino, suave, vulnerable, con un cutis de muchacha. Cargaba una mochila de boy-scout, andaba puesta una gorrita de marinero y caminaba volando hacia adelante y hacia fuera las manos y los pies con movimientos sueltos, flojos, como los de una muñeca de trapo. *Movía la cabeza al andar como los ciegos —aunque sus ojos veían todo lo que se escurría por el suelo— como quien va recordando una música o silbando una canción.* Atrapaba con increíble celebridad sapos, culebras, gallegos y toda suerte de sabandijas que examinaba cuidadosamente —tomaba, si acaso, notas— y dejaba enseguida escapar, salvo en las raras ocasiones en que tenía la suerte de dar con algún ejemplar particularmente interesante para definir algún punto indeciso de la tesis que estaba preparando para graduarse en Harvard, según me dijo. Jamás he visto un entusiasmo igual al suyo cuando se apoderó de una pequeña tortuga de tierra que declaró —*bailando de alegría— ser algo inapreciable, porque destruía la afirmación de un eminente naturalista, profesor suyo, de que esa clase de tortugas en que era el principal especialista, sólo existían en Norteamérica.* La guardó en un pequeño costal de manta en el que ya encerraba dos de especie menos revolucionaria y fue tremendo su desconuelo al descubrir por la mañana que el ejemplar heterodexo había abierto un agujero y escapado, quedando en el costal las otras dos vulgares compañeras. No fue posible hallarla en los alrededores de la casa, ni debajo del piso, ni dar después con otra de la misma especie por más que la buscamos en las selvas vecinas.

Douglas era un universitario típico de la generación inmediatamente anterior a la guerra, de ideas radicales. No tenía la menor ambición de dinero, amaba una vida simple en contacto con la naturaleza, dedicada al estudio de los animales, especialmente de los reptiles. Conocía todas las plantas, todos los mamíferos y los peces, los reptiles y los pájaros. Hablaba con desprecio de los ideales prácticos de su tierra, salvo la ciencia, se avergonzaba de toda explotación capitalista y se decía ateo. *Yo sospechaba que fuera comunista.* Pero pocas veces he conocido un joven norteamericano más sano de alma, más comprensivo y bondadoso. Sus maneras entre toda clase de gentes eran sencillas y no le conocí prejuicios de ninguna especie. Era un temperamento sensible, poético, que amaba todas las cosas bellas o interesantes por ellas mismas, de una manera natural y sin alarde y no tenía ningún rasgo profesional, salvo cierta actitud científica, ligeramente deshumanizada, de manipular los ejemplares vivos que capturaba. Yo lo ví derribar —en un lugar donde los encontramos por centenares —unos pájaros mosca o colibríes, usando tiros 22 cargados de arenilla de plomo que sin matarlos los atontaba y él con sus dedos largos, rápidos, inexorables, como pinzas les apretaba los minúsculos pechos hasta romperles el corazón como un resorte. Decía que de ese modo sufrían menos

Sus dedos de atrapador y manipulador de batracios y de reptiles lo eran también de prestidigitador. Mis pequeños hijos lo conceptuaban un poderoso Mágico, un ser enteramente excepcional, aunque también sus movimientos despreocupados, su incontenible ha-

blar en una lengua ininteligible para ellos, su andar cogiendo sapos y sabandijas les hacía sospechar que fuera loco. Lo miraban con una mezcla de admiración, de temor y de risa. Inesperadamente les sacaba de la oreja un chicle, una pipilacha, un perrozompopo, bicho que ellos consideraban terriblemente venenoso. Con la boca abierta lo miraban tomar una baraja, abrirla en abanico, pedirme a mí que me fijara en una carta —yo me fijaba en el siete de corazón rojo— barajar, sacar una con pulcritud entre el pulgar y el índice de la mano derecha, mostrarme el siete de tabletas preguntándome: “¿Es ésta?”, decirle yo que no, volverla apenas hacia él para mirarla un segundo con extrañeza y preguntarme: ¿Está seguro? sin soltarla un momento de entre los mismos dedos en alto, a la vista de todos, volviéndola hacia mí para que la mirara bien y constatará que era precisamente el siete de corazón rojo, que era mi carta. Se ayudaba a ganarse la vida en su país para poder continuar sus estudios dando pequeños actos de magia en clubs de mujeres y en fiestas particulares, cursaba en la Universidad con una beca y su primer viaje a Centro América lo pudo realizar gracias a un premio que se había ganado por un estudio de las serpientes del desierto de Arizona, e hizo un segundo viaje al río San Juan por cuenta de unos negociantes de Boston interesados en las posibilidades de la caza de caimanes en Nicaragua y la exportación de sus pieles a los Estados Unidos. En realidad se había enamorado de la naturaleza virgen de estos lugares. Entre uno y otro viaje se casó con una muchacha de Cambridge y soñaba comprar una pequeña isla en el archipiélago de Solentiname, en el Gran Lago, enfrente del Río Frio de Costa Rica y del río San Juan de Nicaragua, para tener en ella una pequeña finca —unas pocas vacas, cerdos, gallinas— y vivir tranquilamente con su mujer. No creo que ella se hubiera acomodado a nuestra vida elemental, ni renunciado a las comodidades de su país con la resignación de La Madama, pero de todos modos no resultó el negocio de los caimanes porque no había suficientes en Nicaragua para interesar a los comerciantes de Boston; y sobre todo, nunca lo ví poner empeño en el asunto: era incapaz de poner el corazón en los negocios. Era, en verdad, un muchacho muy sabio.

Nuestra amistad tuvo su origen en los libros. Cuando llegó a San Francisco del Río y vio el retrato de Whitman sobre el pequeño estante de libros norteamericanos, disimuló su extrañeza, pero le ví en los ojos que le sorprendía tanto como encontrarse un caimán en Beacon Street o una danta pastando tranquila en el Boston Common. No pudo contenerse mucho rato sin embargo y sacó del estante uno de los libros que resultó ser los “*Four Quartets*” de T. S. Eliot.

—¿Estos libros son suyos? —me preguntó.

—*And yours too* —le dije yo.

Pareció por un momento no comprender. Nunca se estaba quieto en casa, pero en el campo todo lo contrario, estaba largos ratos sin moverse. En la casa se sentaba solamente por dos o tres minutos cabalgando en las sillas con el espaldar de frente. Paseándose en la pequeña pieza forrada de cedazo, con su andar de muñeco de trapo y el libro en la mano, me dijo al fin:

—¡Oh! Yo sé que de ese modo suelen hablar ustedes. Esta es su casa. Está usted en su casa. Gracias,

Estuvo mirando un rato los otros libros que yo había traído conmigo para estudiar y trabajar con ellos los largos meses que estaría en la hacienda.

—Nunca pensé —decía como hablando consigo mismo— encontrar aquí en la orilla de la jungla —*the jungle* era su palabra— un libro de Eliot o de ningún otro escritor americano. Veo que tiene los principales escritores actuales. Le interesa la literatura americana?

Le hablé entonces de mis lecturas y trabajos, de algunas traducciones de poesía norteamericana que hacía poco había terminado, de mi curiosidad inagotable por su país. Con él podía hablar a gusto sobre estas cosas porque me daba cuenta de que le interesaba con sinceridad y se veía bien informado. Le gustaba escribir, hacía versos sobre animales, un poco en broma, con ecos de Ogden Nash y pensaba hacer un libro entre científico y literario sobre su viaje, con sus observaciones de naturalista. Le dí una antología de traducciones al español de W. H. Hudson, el inglés-argentino que como nadie ha amado y descrito la naturaleza suramericana, para que practicara nuestra lengua leyendo alguna cosa de su gusto. Mientras estuvo con nosotros hablábamos incesantemente de libros, de escritores y de animales, explorando por la vega del río y la selva vecina o remando en los pequeños afluentes —tan misteriosos— en busca de reptiles. Me contaba de algunos escritores que había conocido personalmente, porque en Olivet College, donde había estudiado antes de entrar en Harvard, le daban gran importancia a la literatura moderna y a la influencia personal de los escritores sobre los jóvenes, por lo que llegaban a menudo poetas o novelistas a dictar conferencias y conversar con los estudiantes. La mejor impresión se la había producido, según creo, el poeta irlandés Padraic Collum, pues siempre volvía a hablarme de él con viva simpatía ponderando insistentemente la distinción de su barba y la inteligencia y bondad de su rostro. Decía que era un hombre muy llano, sencillo, maravilloso conversador, que parecía interesarse de verdad en las opiniones y en los problemas de los muchachos, a los que trataba con la confianza de un amigo. Me hablaba largamente de Robert Frost y Carl Sandburg y Sherwood Anderson y más de John Peef Bishop a quien le unía, decía, el amor a los pájaros. Pero su gran amiga era Catharine Anne Potter, una persona extraordinaria, me aseguraba entusiasmado, completamente sin prejuicios, tan original como natural en su modo de ser y conducirse —y me la describía y me contaba cosas de ella y no acababa nunca como también a mí me pasaría si las contara, pero no las recuerdo. Cuando volvió a su tierra, Douglas me envió de Cambridge algunos libros, entre ellos “*Flowering Judas*”.

La soledad es cada vez mayor y más bella en el río. Tal vez el río se pueble un día, como pensaba Squier —naveguen barcos y gasolineras; pasten caballos y ganados de raza en sus llanos y en los gramales de las lomas; se miren en sus orillas hermosas casas tropicales y en muchas de ellas libros americanos y retratos de poetas. Tal vez la soledad y la belleza primitiva queden sólo en los libros. Tal vez la selva vuelva a cubrirlo todo. Todo depende,